

¿En qué nos convierte la **tecnología?**

MARÍA JOSÉ GARCÍA CASTILLEJOS



Los efectos del uso casi permanente de dispositivos tecnológicos y redes sociales en el ser humano apenas comienzan a estudiarse. La afición a lo inmediato está cambiando la forma de pensar y actuar de las personas.

Casi todos nos hemos preguntado cómo hubiéramos vivido el confinamiento total del pasado 2020, el parcial de 2021 y ahora el de 2022 sin toda la tecnología que nos acompaña. ¿Qué habría pasado si el coronavirus hubiera encontrado a la humanidad el siglo pasado o hace poco más de 12 años, durante la epidemia de influenza en México? ¿Cómo colaboró la virtualidad a hacer más llevadero el encierro de tantos meses?

EL ACELERADOR A FONDO

Entre las respuestas más comunes a las preguntas anteriores se encuentra –quizá en primer lugar– el beneficio en la educación. La docencia en línea síncrona no se hubiera podido ejecutar con eficacia sin todas las herramientas virtuales y tecnológicas que nos acompañan. Si bien ya existían algunos programas para comunicarse a distancia, incluso los que ahora utilizamos con tanta naturalidad y seguridad, éstos se utilizaban excepcionalmente o para hacer llamadas telefónicas internacionales sin pagar el costo de la larga distancia.

Ahora recurrimos casi diariamente a aplicaciones para comprar medicamentos, despensa y objetos de primera y segunda necesidad, como ropa, libros, adornos para el hogar, etcétera. Actualmente, es posible buscar, elegir y comprar

un regalo en tres minutos y recibirlo en casa en cuestión de horas, sin tener que desplazarse a la tienda o perder tiempo curioseando otros artículos que en realidad no se requieren. Especialmente, sin necesidad de exponerse a la enfermedad.

No hay que dejar de mencionar el aumento en el uso de diversas herramientas para descargar música, películas y videos cortos. A principios del presente milenio, reproducir una canción requería de un programa que venía acompañado de varios virus y horas de espera (el cual, dicho sea de paso, utilizaban todos los integrantes de la familia: una computadora personal para cada miembro de la casa significaba un gasto exorbitante. El uso del internet se distribuía en turnos y la conexión sí se interrumpía.

Además, se acrecentó la comunicación mediante programas de mensajería instantánea que permiten el

intercambio de ideas de manera multilateral y en tiempo real. Hace no mucho, para organizar una reunión, la organización se llevaba a cabo mediante llamadas telefónicas bilaterales.

Finalmente, las ya muy conocidas redes sociales aumentaron su uso en 13% a nivel global en el 2020 (Juste, *Expansión*, febrero 2021). En estos grupos cibernéticos se hacen públicos gustos musicales, eventos familiares, videos, trabajos escolares, *memes*, logros profesionales

y fotografías de antaño entre muchas otras cosas. Es cierto, sin embargo, que no son tan recientes: Facebook –ahora denominado Meta– se creó en 2004, pero ha evolucionado y detonado la creación de diversas redes para todas las personalidades, ganándose un lugar en la rutina diaria de quienes las utilizan. ¿Quieres ampliar tu círculo de amistades? Hay una red social para ti. ¿Quieres que tu mascota se reproduzca? Hay otra red social

¿El progreso tecnológico es verdaderamente un avance para todos los seres humanos? ¿Cuáles son los efectos de las redes y de la virtualidad en el plano social y personal?



Comparación de tecnologías antiguas (lectura del periódico) con la nueva virtualidad.

para ti. ¿Eres desempleado y necesitas trabajar? Por supuesto que existe una red social para ti. ¿Quieres compartir un avance profesional? Evidentemente, hay una red social para ti.

Algunas redes sociales fueron más populares en la pandemia, como las que llenaban las horas con risas y chismes, pero también con ansiedad y datos inconexos. ¿Quieres ver fotos de los demás y pensar en tus carencias en este momento? Hay una red social para ti. ¿Quieres opinar acerca de todo de manera anónima, abierta e inmediata? También existe una red social para ello. ¿Quieres seguir una noticia cuya veracidad se desconoce? Como era de esperarse, ya hay una red social para ti.

Este escenario lleva a cuestionar: ¿El progreso tecnológico es verdaderamente un avance para todos los seres humanos? ¿Cuáles son los efectos de las redes y de la virtualidad en general en el plano social y personal? Este texto especula sobre algunas de las respuestas. Del siguiente análisis no se concluye que todo lo nuevo sea nocivo y que todo fuera mejor antes. Más bien,

ya se ve, entonces, que hay deseos corporales y trascendentes, pues somos personas con alma y cuerpo. Cualquier aproximación a la naturaleza humana debe contemplar ambas entidades, no restringirse sólo a una.

se busca explorar las consecuencias del uso de la tecnología que, si bien ya había estallado, se multiplicó con la pandemia y por consecuencia su número de víctimas: personas unidas a una pantalla casi todo el tiempo.

EL PLACER INMEDIATO

Se ha comparado el uso de tecnologías antiguas -como la televisión- con la nueva virtualidad, o el ensimismamiento que suponía la lectura del periódico en lugares públicos con el que ahora se aprecia cuando las personas se reúnen para revisar su teléfono inteligente. Sin embargo, hay una diferencia enorme entre el periódico en papel y las noticias en internet, así como entre los videojuegos que utilizaban pantallas analógicas y los actuales, que dependen de la tecnología digital. Esta diferencia se llama inmediatez.

Una consulta somera del término nos indica que se refiere a la cualidad de lo inmediato, es decir, a lo que no está mediado por el tiempo. La inmediatez se ha vuelto una característica ineludible de las relaciones humanas y económicas: lo que antes era rápido, ahora es ineficiente y lento, destinado a la extinción, como las fotografías impresas. Revelar fotografías era un privilegio de quien tenía una cámara y contaba con un servicio de impresión en 24 horas, mientras que hoy las visualizamos en 24 segundos. Cualquier antojo culinario hoy llega a la puerta en media hora, sin necesidad de acudir a un restaurante o cocinar.

¿Cómo aproximarse intelectualmente a la inmediatez y cuáles son las consecuencias en la persona? Desde la Pedagogía, por ejemplo, se podría hablar de su impacto en el aprendizaje y en los planes de estudio de los centros educativos. Pareciera -erróneamente- que el docente que no satisface las necesidades de los alumnos inmediatamente, es decir, que los entretiene todo el tiempo, carece de futuro como profesor. Asimismo, a partir de la Antropología se podrían estudiar los efectos de la inmediatez en la capacidad humana de desear. Es posible centrarse en este tema desde algunos autores clásicos, cuyos puntos de vista no han perdido vigencia.

El término griego para nombrar al deseo es *orexis*. Éste se refiere a la tendencia de una persona hacia algo que considera bueno. Platón,

por ejemplo, distinguía los deseos vitales que se encontraban unidos al placer de los deseos llamados a la trascendencia y al amor, el *eros*. Los primeros destruyen lo deseado cuando lo obtienen, como cuando se quiere un postre y se consume. El postre en cuestión ha desaparecido, por decirlo de alguna manera. En cambio, Platón también nos indica que los segundos, los deseos de amor llamados a la trascendencia, aspiran a la belleza, al bien, a la inmortalidad.

A diferencia del deseo vital de comer o beber, amar mejora a quien ama, pues se trata de un deseo más racional que corporal, que encuentra en el otro algo que no está sujeto a la finitud o a la temporalidad. Amar a alguien no supone la destrucción que implica alimentarse con un postre. Todo lo contrario, significa acercarse a la persona hacia lo que no se termina, es eterno y perfecto.

¿Los deseos vitales y trascendentes se complementan o se oponen? Negar los deseos vitales sería ignorar la parte animal y corporal que caracteriza a la especie humana. Por otro lado, la reducción de nuestra naturaleza humana a estos

deseos naturales, no todos imprescindibles – como apuntaría el hedonista Epicuro– significaría negar nuestra capacidad, también humana, de ir más allá de lo tangible y lo material, de trascender. Ya se ve, entonces, que hay deseos corporales y trascendentes, pues somos personas con alma y cuerpo. Cualquier aproximación a la naturaleza humana debe contemplar ambas entidades, no restringirse sólo a una.

A diferencia de Platón, para Aristóteles no hay deseos diferentes, sino una misma capacidad de desear que vive un placer distinto dependiendo de lo que se desea. A ello se debe que el placer que ocasiona el consumo de un postre diste mucho del gozo que surge tras la resolución de un problema matemático complejo. ¿Cuál es la diferencia entre ambos? Nuevamente, la inmediatez, su relación con el tiempo. El placer inmediato propio de los deseos que emanan del cuerpo no es duradero y, por tanto, no puede convertirse en el objetivo de nuestra vida, como se indica en la *Ética a Nicómaco*. En cambio, el placer intelectual requiere de un largo camino, lleno a veces de cosas dolorosas en el plano físico.

Si el ser humano tiene a su alcance los dos tipos de deseo y de placer, debería optar por el que se articula mejor a su papel en la naturaleza, a saber, la racionalidad. Los seres humanos estamos llamados a pensar, aunque para ello debamos atender primero los deseos vitales, pero nunca detenernos en ellos.

SERES DIGITALES

Esto no significa que para Aristóteles la felicidad resida en el placer en sí mismo. Por definición, el placer debe ser discontinuo para ser verdaderamente placentero, y la felicidad, aquello a lo que encaminamos todo lo que hacemos, debe ser una constante en nuestras vidas, no puede tener pausas. Para mostrar lo anterior hay que pensar en unas vacaciones sin fin o en el consumo constante de aquello que deleita. A todas luces, las vacaciones dejarían de serlo y se comenzaría a detestar lo que tanto se disfrutaba, al consumirlo todo el tiempo. De allí que la felicidad deba encontrarse en algo que no sea el placer, para que su continuidad no resulte molesta. Aristóteles

Los seres humanos estamos llamados a pensar, aunque para ello debamos atender primero los deseos vitales, pero nunca detenernos en ellos.



Amar mejora a quien ama, pues se trata de un deseo más racional que corporal, que encuentra en el otro algo que no está sujeto a la finitud o a la temporalidad.

coloca la felicidad en la virtud de la sabiduría que, por definición, no es inmediata o efímera. Se trata de un hábito, es decir, una actividad que se realiza con la suficiente frecuencia como para que también se llame «modo de ser», precisamente porque dice mucho de quiénes somos.

¿Cuál es la relación entre el deseo y la virtualidad? Piénsese en el funcionamiento de las herramientas ya mencionadas, las aplicaciones o las redes sociales. De acuerdo con Aristóteles, éstas operan mandando información por medio de imágenes y sonidos que detonan que la persona desee lo que percibe. No se trata de una percepción casual, como cuando ocasionalmente se recibe el panfleto de las promociones de una farmacia o se admira el paisaje de una carretera, sino de sensaciones ininterrumpidas, pues así son las interacciones con las redes. Se trata de una relación constante, como el hábito ya mencionado. Es algo que define nuestra forma de ser: pareciera que ahora somos «seres digitales».

Lo anterior indica que la percepción detona el apetito o el deseo: nadie desea lo que no conoce. No se trata del deseo trascendente de Platón, ni del placer intelectual que producen algunos deseos de Aristóteles, sino de deseos que van ligados estrechamente a sensaciones corporales y que, como tal, serán efímeros y destructivos: el objeto consumido es demolido y genera que el usuario busque más contenido. Este ciclo se repite todo el tiempo, pues como ya se dijo, la relación con la virtualidad es ahora ininterrumpida.

Por su parte, las pasiones —específicamente las más básicas como el placer y el dolor— se encuentran relacionadas con el deseo y su consecución. Se desea algo porque considerarlo placentero, por ejemplo, revisar las notificaciones de las redes sociales. Asimismo, sentimos «algo» si conseguimos o no lo que deseamos: si logramos ver las novedades en nuestras plataformas, sentiremos placer. No hacerlo ocasionará dolor (hay quienes no soportan tener correos electrónicos no leídos en su bandeja).

Dejar el celular por un tiempo o que no funcione ocasiona molestia y frustración. Si deseamos pedir comida a domicilio y lo conseguimos, nos llenaremos de placer, aunque al cabo de un par de horas tendremos hambre de nuevo y el deseo se volverá a activar. La aparente ventaja de las nuevas tecnologías es que casi siempre

están a nuestro alcance. Es decir, regularmente llegan mensajes nuevos, y con seguridad vendrá información novedosa en las redes, de acuerdo con un algoritmo que, además, «sabe» lo que nos interesa.

Como ya se mencionó, la pandemia aumentó el acceso a los recursos virtuales. Suplimos el tiempo destinado a trasladarnos y a relacionarnos presencialmente con estas herramientas que ofrecen confort. Frente al aburrimiento, qué mejor que opinar en línea sobre un tema polémico o revisar la cantidad de personas que intervienen en las publicaciones propias. Ante la soledad, interactuar mediante videojuegos en línea se convirtió en una gran alternativa. Y qué mejor manera de combatir la tristeza que recurriendo a comida y artículos a domicilio, que consuelan *ipso facto*. La recurrencia de las sensaciones y los deseos aumentó, y con algunas pasiones que probablemente nunca habíamos sentido.



Se comenzaría a detestar lo que tanto se disfruta, al consumirlo todo el tiempo. De allí que la felicidad deba encontrarse en algo que no sea el placer, para que su continuidad no resulte molesta.

Hoy queremos potenciar tu quehacer directivo con contenidos de valor, por ello te ofrecemos las siguientes promociones en tu suscripción:

istmo

Edición impresa



Suscríbete por 2 años y obtén la tarifa especial de

\$790

Recibe, sin costo adicional, 3 ediciones digitales.

Edición impresa + digital



Suscríbete por un año a la edición impresa y obtén la tarifa especial de

\$420

Recibe, sin costo adicional, 3 ediciones digitales.

Edición digital



Suscríbete por un año y obtén la tarifa especial de

\$240

Recibe, sin costo adicional, 3 ediciones digitales.

Síguenos en nuestras redes:



Código de promoción **ISTMO2022**
Vigencia al 31 de mayo 2022.

CONTACTO:

Mariana Domínguez

mdominguez@ipade.mx

VIRTUD O VICIO

Las pasiones no son malas o buenas en sí mismas. Su valoración depende de las acciones que detonen. Siguiendo a Aristóteles, una misma pasión puede habilitar un vicio –como quien ante la ansiedad se refugia interminablemente en la virtualidad–, o bien una virtud, como quien siente miedo y, en vez de comportarse con cobardía, se vuelve valiente. Acudir al fácil alivio que proporciona la tecnología y sentir placer cuando se obtiene de ella lo deseado no es en sí mismo correcto o incorrecto. El problema aparece cuando estas herramientas y las pasiones que suscitan nublan la capacidad de juzgar y modifican nocivamente nuestro comportamiento; en otras palabras, cuando el uso desmedido de la virtualidad nos empuja a concentrarnos en la trampa de la inmediatez y a dejar de tolerar tiempos de espera y ocio.

Si como dice Platón, concretar el apetito por los deseos vitales supone su destrucción, debe cuidarse muy bien lo que se desea, pues en la medida que lo consumamos, necesitaremos más y más. A ello se debe, quizá, que la exploración de una nueva red social se haya convertido en una absoluta dependencia, como quien ya no puede ejercitarse sin registrarlo en su reloj inteligente y cuenta, incluso, sus pasos en el supermercado como tiempo de ejercicio. O bien, que la revisión de ciertas páginas de internet se haga rutinariamente antes de dormir, mientras se hace fila en un banco, durante los semáforos rojos en el coche, etcétera.

En *El hombre unidimensional*, el filósofo neomarxista Herbert Marcuse aseguraba que las nuevas tecnologías de su tiempo ponían en entredicho la supuesta libertad que supuestamente fomentan. ¿Realmente somos más libres porque tenemos todo a nuestro alcance cuando queremos o, más bien, estamos condenados a satisfacer nuestros apetitos corporales que, por definición, nunca se van a terminar?

En aras de lograr más interacciones humanas durante el aislamiento, el uso desmedido de la tecnología quizá propició lo contrario. ¿No se echa de menos una buena conversación fuera de la pantalla, con la certeza de que el interlocutor está atendiendo la plática sin revisar su correo electrónico? ¿No se siente menos agobio al hacer una cosa a la

la pandemia aumentó el acceso a los recursos virtuales. Suprimos el tiempo destinado a trasladarnos y relacionarnos presencialmente con estas herramientas que ofrecen confort.



vez, en lugar de atender una conferencia, comprar los alimentos de la semana, contestar mensajes y leer un texto al mismo tiempo?

Volviendo al punto aristotélico, la concentración en los deseos vitales o en los apetitos corporales nos aleja de aquello para lo que fuimos hechos: pensar. Qué ganas de alejarse un rato de la infinidad de estímulos sensoriales para reflexionar sobre alguna pregunta existencial que nos aqueje. Qué esperanzador concentrarnos en cultivar nuestras amistades y relaciones interpersonales, a sabiendas de que el vínculo no depende de recibir información contantemente. Qué tranquilizante controlar las pasiones y no ser controlada por ellas.

La adicción a la tecnología también tiene consecuencias físicas y sociales que requieren un análisis aparte, pues esta dependencia se encuentra entre los principales vicios actuales de la humanidad (*La Vanguardia*, 2014). ¿A qué se debe la ansiedad que produce una pila del celular agotándose? ¿Qué cambios vive el cerebro cuando aparece la notificación de un mensaje? ¿Cuántas personas estarían dispuestas a dejar sus dispositivos inteligentes desbloqueados al alcance de sus familiares? ¿Qué ocasiona la frustración si no hay internet o fallan las redes? Estas respuestas podrían indicar dependencia.

Anteriormente, fumar era bien visto en un hospital, en un avión o cerca de niños y bebés. El tiempo aclaró que es bastante nocivo. ¿Qué sucederá cuando se pueda apreciar la virtualidad con suficiente perspectiva histórica? ¿Qué tan conscientes estamos de la forma en que se modificó nuestra vida, así como de los escenarios favorables y desfavorables que se detonarán?

El distanciamiento social debería ayudarnos a armonizar lo material con lo espiritual, y no a que, víctimas de una ansiedad a la que somos adictos, recurramos más a los placeres corporales para aliviar la dependencia de cosas materiales y relaciones virtuales que, en realidad, no necesitamos. </>

La autora es doctora en Humanidades, con especialidad en Filosofía moral y política, por la Universidad Autónoma Metropolitana.